HERALDO DE MURCIA

ANO IV — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 983

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Peninsula UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS tri mestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

MARTES 18 DE JUNIO DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id id.
En primera. . . . . 00'20 id id.
Administracion: Saavedra Fajardo, 15.

Parece mentira

Un alto personaje de la situación; uno de esos políticos de los que ahora padecemos á manera de calamidad pública, ha dicho que si invadiera á España un ejército de cuarenta mil ingleses, no podríamos á su empuje.

Ante semejante afirmación, hija del más negro pesimismo que concebirse puede, ó de un desprecio indecoroso hácia la nación que nos dió el ser, el alma se entristece y el corazón se oprime, porque ella nos dá la medida cabal y exacta de lo que es la vuelta al poder de todos nuestros fracasados gobernantes.

¡Cómo! ¿Es posible que toda una nación de diez y ocho millones de habitantes fuera impotente para rechazar la invasión de cuarenta mil bayonetas.

Pues si esto es así; si tal afirmación es una verdad innegable ¿por qué se fatiga España en el sosten de un ejército que para nada habría de servir, manteniendo á la vez una cohorte inmensa de generales sin talento y sin valor, buenos sólo para lucir entorchados en revistas y salones, pero inútiles cuando la voz de la madre patria llamara dolorida á todos sus hijos para la defensa del territorio?

¿Por qué ni para qué dictar leyes ni escribir ordenanzas, ni fomentar la milicia; si al fin y al cabo, cuando hubiere de llegar la hora de la lucha, huiría el ejército como manada de cobardes cervatillos, sirviendo sólo las balas de los maüsers para atravesar el pecho del pueblo que gemiria de dolor y que pediría venganza de los males que han acarreado esos recaudadores de tributos y politicastros nécios en que resuelven todos los que nos desgobiernan?

Pero no: eso no es posible: no lo podemos creer de ninguna manera, porque si tal caso llegara, bien merecido tendríamos que un ejército cualquiera, no de cuarenta mil ingleses, sino las miserables hordas de Muza y de Tarik volvieran á hundir la nacionalidad española en las aguas del Guadalete.

No: España no está tan decaida como algunos pesimistas se figuran. España, es cierto, dividida por falta de caracteres gubernamentales y por una porción de desdichas que se han desatado sobre ella, no está, sin embargo, tan falta de fuerzas físicas y morales para oponer formidables energías en un momento dado, á una invasión extranjera;

Hay en España sobrados elementos para su total y rápida generación, aunque hasta ahora no se conoce la persona que pudiera unirlos. Nuestro ejército es noble y valiente, y con la base de sus actuales regimientos, puede poner en muy poco tiempo sobre las armas medio millón de soldados. Hay generales buenos y patriotas, que sabrian disputar ó alcanzar la victoria, con decision é inteligencia. Hay, por último, un pueblo que hoy sabe sentir y mañana sabria decidirse, apelando al combate irregular, propio y exclusivo de nuestro suelo, sacando del olvido á aquel supremo jefe *No importa* que hizo temblar á las águilas francesas en Bailen, en los muros de Zaragoza y en las márgenes del Bruch.

Si nuestros gobernantes desconocen todo eso; si además solo siguen pensando en desangrar á la pátria aumentando sin cesar las contribuciones ó en desarrollar una política de perdición llevando á las Córtes mayorías de vanidosos é ignorantes, márchense pronto, abandonen las poltronas del absolutismo con que se envanecen y dejen, en nombre de la pátria, el puesto á los que pueden traernos pronto nuestra anhelada regeneración.

¿Qué serían cuarenta mil ingleses dentro de nuestro territorio, si España tuviera menos Sagastas y menos Morets y menos diputadillos de pega? ¿Qué fué Napoleón con sus mejores mariscales y todo su gran ejército ante un pueblo que quiso responder al heróico grito de las víctimas del Dos de Mayo?

Pero entonces regian nuestros destínos españoles netos, no politicastros endiosados que nos llevan á desastres ciertos, y vistos mucho tiempo antes, en Cavite y en Santiago de Cuba.

¿Tendremos con el gobierno actual todo lo que merecemos, ó el cinismo de ciertos hombres provocará tarde ó temprano una general protesta, precursora de una rehabilitación que nos haga reproducir alguna vez las inmortales páginas de nuestra antigua historia?

¡Que Dios se apiade de nosotros!

DE MADRID A MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

La nota del dia es la manifestacion católica de ayer, que pudo ser motivo de trascendentales sucesos debido sin duda alguna á la condescendencia del partido liberal.

Los librepensadores habian pedido permiso para realizar una contra manifestacion, pero como el Gobernador prometió que los clericales irian de cuatro en cuatro, lo cual indicaba que la manifestacion no se celebraba, no se tomó ninguna medida

Serían próximamente las dos y media cuando empezaron á llegar á la iglesia de San Isidro grandes grupos de fieles para asistir al Jubileo,

Media hora después se puso en movimiento la comitiva llevando todos los fieles cirios encendidos.

Al pasar por delante del Café Nacional oyéronse gritos de ¡abajo los neos!

Cuando la procesion salia de San Ginés pasó por la calle del Arenal el coche que conducia á Sagasta, al reconocerlo la gente, comenzaron á gritar unánime y desaforada:

¡Abajo Sagasta! ¡Muera este Gobierno clerical!

En la esquina de la calle de Alcalá y Caballero de Gracia, se formó un numeroso grupo de librepensadores que entonó «La Marsellesa» La presencia de los católicos era acogida con mueras á la reaccion, al fanatismo y á los jesuitas.

En algunos momentos llegó á ponerse la cosa muy seria. Los agentes sacaron los sables y hubo carreras y detenciones.

En este pasó por aquel sitio la corte que regresaba de los toros, de la manifestacion salieron algunos vivas al rey que fueron ahogados por otros gritos contrarios y varios silvidos.

Al salir de la iglesia de San José los obispos de Sion y Madrid y el Nuncio, y subir á sus carruajes se promovió un regular alboroto.

Las dignidades eclesiásticas fueron estrepitosamente silbadas. Algunos clericales quisieron hacer frente á los librepensadores y con tal motivo hubo estacazos y carreras.

Así terminó la procesion del Jubileo

Los librepensadores piensan organizar un mitin en el Fronton Central, para lo cual apenas llegue Lerroux se harán las oportunas gestiones.

El gobierno en vista de la escitacion en que se encuentran las ánimos tanto de los católicos como de los librepensadores ha resuelto prohibir toda clase de procesion.

Castillo.

17 de Junio de 1901.

PÁGINAS DE LA HISTORIA

JUAN XVIII

Nunca se vió el gobierno de la Iglesia en peores circunstancias que al subir al Solio pontificio el cardenal romano Fasan ó Fasiano, el 20 de Noviembre de 1003. Su antecesor, Juan XVIII, solo habia sido papa cinco meses, por que las luchas que se libraban dentro de la Iglesia Católica pusieron término á su pontificado y precipitaron su misteriosa muerte. La energía del sucesor, que tomó el nombre de Juan XVIII, se impuso á muchos de los que menoscababan el alto prestigio de la Religion, para cuya guarda no bastaban los esfuerzos del clero bajo y de las comunidades, pues las poco ejemplares conductas de los prelados y del alto clero traian escandalizados al pueblo cristiano. A su vez los nobles italianos queria hacer á la Iglesia juguete de sus caprichos; los patriarcas Licinio y Sergio habían vuelto á dividir la Iglesia romana y la Constinopolitana, y la simonia reinaba en todas partes, concediéndose al dinero ó al favor las dignidades sacerdotales.

Juan XVIII consiguió la concordia entre Roma y Constantinopla, obligando al patriarca Sergio á inscribir su nombre en las tablas de la iglesia constantinopolitana, como reconocimiento de la supremacia de Roma, que debia gozar aquel derecho y le prohibió usar el título que él mismo se habia dado, de obispo ecuménico ó universal, que solo podia usar el Papa.

Juan XVIII fué quien concedió en 1004 el pálio al obispo de Constantinopla, como un privilegio.

Indudablemente las circunstancias pudieron mas que el animoso papa, quien sin terminar las reformas emprendidas renunció, en Mayo de 1009, el papado, á los cinco años de haber ocupado la Silla de San Pedro, Ingresó como monje benedictino en la abadia de San Pablo, extramuros de Roma, y el 18 de Junio de 1009, al mes de entrar, falleció de muerte tan sospechosa como su antecesor en el Solio, puesto que los dos se dice que fueron envenenados.

Hernando de Acevedo

Rápida

S. M. Alfonso XIII, rey de España, sin Indias, asistió anteayer por vez primera á la fiesta nacional. Los cuatro matadores que tomaron parte, brindáronle las faenas y como es de rúbrica en el ritual tauromaco, S. M. correspondió á esta atención de pleito vasallaje torero, regalando á los diestros (¡ya lo creo que son!) una petaca de oro y piedras preciosas á cada uno. Mazzantini se propone pedir audiencia al Rey y presentarle el estoque con que dió muerte al toro brindado Los sistemáticos detractores de la gran fiesta, gloria de la patria de Picalimas, habrán visto con desagrado la connaturalización del trono y del toreo ¡Ah menguados! Vuestros lamentos se oirán con la misma indiferencia que los de la impiedad democrática que censura el Jubileo. Pues que ¿no habeis en el curso de la historia, las ideas, las teorias y las sectas mas absurdas entronizarse con acatamiento del pueblo servil? ¿Qué de extraño tiene que el estoque de Mazzantini, símbolo perfectísimo de las tradiciones heróicas de la chulaponeria andante, figure en la Armeria Real al lado de la espada del Gran Capitan, memoria imborrable de nuestra cursileria conquistadora de antaño? Antipatriotas enemigos del arte de Conejo-chico, vosotros los que predicais contra la mas grandiosa y nacional funcion, confundios .. Por vuestras intemperancias nos desprecia el extranjero y quizás, dentro de poco sufriremos la intrusion de 40.000 ingleses...

CUENTO

Justo Lambín

Cuando Justo Lambín se presentó á alquilar un cuarto quinto interior de la calle Lemercier, examinole la portera de pies á cabeza y le preguntó:

—¿Es V. casado? Porque ha de saber V. que no queremos aquí hombres solteros.

—No soy casado—contesté Lambín—pero no importa para el caso; pues soy una persona de muy buenas costumbres, enemiga de todo escándalo.

Indudablemente, el tono y el aspecto del joven desarmaron á la portera, porque ésta cogió las llaves y le invitó á ver la habitacion. Al bajar, parecian los mejores amigos del mundo y el asunto quedó resuelto inmediatamente. Al otro dia el inquilino tomó posesion del cuarto.

Era Justo Lambín un hombre de treinta años, de mediana estatura, muy sencillo y de fisonomia en extremo simpática. Salía á las siete de la mañana y regresaba á las siete de la tarde.

Comía en su casa, daba luego un paseo y se acostaba para descansar después de doce horas de trabajo en la oficina. El programa de su vida era inmutable, á excepcion de los domingos que los pasaba en su domicilio ante una mesa, delante de la ventana, dedicado á hacer algunos trabajos suplementarios.

En el mismo descansillo vivian madame Vincent, viuda de un empleado y su hija Agustina. Trabajaban las dos junto á su ventana, situada ante la de Lambín. En un principio, no fué éste para ellas mas que un objeto de mera curiosidad. Pero al poco tiempo, aquella regularidad y aquel amor al trabajo acabaron por sorprender á la viuda y por interesar á la muchacha. Al ir por las mañanas á la compra, Agustina encontraba á Lambín en la escalera, el cual le saludaba respetuosamente.

Mas tarde, los dos jóvenes se saludaron de ventana á ventana y hasta la misma madame Vincent inclinaba la cabeza y se sonreia. Agustina esperaba con impaciencia la llegada del domingo, para contemplar á sus anchas á su vecino, y éste, por su parte, trabajaba con menos asiduidad, levantaba á cada instante la cabeza y veía fija en él aquella mirada expresiva reveladora de un amor que empezaba á florecer.

Un dia madame Vincent dijo á su hija que M. Lambín intentaba pedirle su mano.

—La portera me lo ha dicho, asegurándome que nuestro vecino está enamorado de tí, y yo le he contestado que eres demasiado joven para casarte. No tienes mas que diecisiete años.

—Pero ¿Y tú, mama?

—Yo tenia dieciocho cuando contraje matrimonio. Además, ¿qué porvenir te ofrece ese Mr. Lambin? No llega á dos mil francos anuales lo que gana en una casa de comercio, de la que pueden despedirle el dia menos pensado. Convengo en que es un buen muchacho; pero preferiria para tí un hombre de otra especie. Estos tipos tan bonachones no son siempre los mejores maridos.

Agustina se echó á llorar por toda contestacion.

No te aflijas hija mia —le dijo madame Vincent.—Ya te encontraré yo un marido que te convenga más que ese.

Desde aquel dia, y sin que la viuda lo notara, la vida de Agustina cambió por completo. La pobrecilla no hablaba más que lo preciso y los domingos no se separaba de la ventana, donde permanecia como hipnotizada.

Andando el tiempo, llegó á alterarse la salud de la joven, cuyas fuerzas comenzaron á abandonarla. El médico dispuso que guardara cama y al cabo de tres meses de enfermedad la infeliz criatura exhaló el último suspiro.

El pesar de madame Vicent fué terrible. La afligida madre estaba desorientada, sin considerar ni por un instante que habia sido la causa de aquella muerte.

Con arreglo á la costumbre, invitó al entierro á los vecinos de la casa, y como no tenia parientes, ella misma quiso presidir el duelo. Media docena de personas la acompañaron hasta la iglesia, y después del oficio de difuntos todo el mundo habia desaparecido, á excepcion de Justo Lambín.

Pusiéronse los dos en marcha detrás del coche fúnebre, y cuando hubo terminado el entierro, el joven dijo á madame Vincent.

—Ya sabe V. que si me necesita para algo estoy siempre á sus órdenes.

—Puesto que es V. tan bondadoso, no se separe de mi tan pronto y hágame el favor de acompañarme un rato.

Entraron los dos en el domicilio de la viuda y se pusieron á hablar en voz baja. Madame Vincent le llamó su hijo, le contó cuanto le amaba Agustina y cuanto deploraba no haber accedido á sus deseos

Al cabo de media hora levantóse Justo Lambín, el cual deseaba ponerse á trabajar para recuperar el tiempo perdido. Entonces la viuda le dijo:

—¿Quiere V. hacerme un gran favor? Vaya V. á buscar sus papeles, tráigalos aquí y póngase á escribir á mi lado. De lo contrario me moriría de miedo.

Madame Vincent y Lambin pasaron la velada juntas hasta cerca de una de la madrugada. Lo mismo ocurrió en las noches sucesivas.

Al cabo de algunos meses obtuvo Lambin un aumento de sueldo, y cuando el joven comunicó tan grata nueva á la viuda, ésta le dijo que tenia una pension de ochocientos francos y ganaba igual cantidad con su trabajo de costura.

Justo Lambin comprendiendo desde luego de lo que se trataba, dijo á su interlocutor:

—Francamente no me atrevia á proponerle á V. un casamiento tan ventajoso para los dos.

Acto continuo quedó concertado el motrimonio, conviniendo en celebrarle en el término más breve posible.

Madame Vicent iba á exclamar: «¡Qué contenta estaria Agustina!»; pero apenas iniciada la frase se detuvo á tiempo ante una mirada de su prometido.

La futura esposa de Justo Lambin guardó silencio, y una y otro bajaron los ojos, como avergonzados de la idea que habia cruzado por la imaginacion de la viuda.

Monijoveux.